"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO III	SAN JOSÉ, COSTA RICA, MAYO DE 1910	NUM. 14

A nuestros lectores

ESTE número de VIRYA, ha sido retrasado á consecuencia de las circunstancias, más que aflictivas, verdaderamente espantosas porque viene pasando Costa Rica. Las convulsiones de su suelo han tenido por muchos días en constante alarma las poblaciones, paralizando toda suerte de negocios. Parques, jardines particulares y plazas, afectan con sus tiendas de campaña y galerones de madera improvisados el carácter de verdaderos campamentos, los que sirven de refugio contra la amenaza de catástrofes como la acontecida en la floreciente ciudad de Cartago y sus pueblos limítrofes, el día 4 del presente, á las 6.50 p. m. Esta ciudad, que en ocasiones diversas ha sido arruinada más ó menos parcialmente, es ahora tan sólo un montón de escombros. Puede decirse de ella, sin hipérbole, que no queda piedra sobre piedra. Se cuentan por millares las desgracias personales, los muertos y heridos, y es incalculable el número de supervivientes que se hallan sin más amparo que el de la caridad. Autoridades y particulares, naturales y extranjeros, multiplican sus nobles esfuerzos para reparar en lo posible tanta desgracia. VIRYA ha extendido su mano cuanto le fué posible, no tanto como hubiera querido, dado el constante esfuerzo que cuesta á sus asociados el venir sosteniendo desde hace años los gastos que ofrece su publicación gratuita. Prescindimos de detalles que horrorizan.

Ahora, como motivo de estudio, consignaremos los curiosos hechos siguientes:—Primero: que desde hace algunos años se esperaban aquí estos ó parecidos conflictos por algunos miembros de nuestro círculo. Segundo: que cierta señorita, bastante

conocida y honorable, dió conocimiento á su familia y amigos, dos meses antes, de haber tenido un sueño en el que vió el siniestro con todos sus pormenores, hasta el de ser lanzados los muertos de sus sepulturas, como sucedió en efecto; y— Tercero: que hallándose dos días antes del acontecimiento una amiguita nuestra algo abstraída, se asombró de ver aparecer ante ella una mujer de gigantescas proporciones, vestida de negro, la cual con trágica actitud, desmelenada, y llena de pavor, con las cuencas de los ojos vacías, pasó corriendo torpemente como en demanda de auxilio, entre escombros, dejando á la vidente aterrada y llena de funestos presagios. Dió cuenta á sus allegados del hecho, y no lo hizo más público, por temor al ridículo de los muchos que se mofan de lo que desconocen.

A continuación publicamos dos fotograbados que dan una pequeña idea de la catástrofe.

* * *

LA CATÁSTROFE DE CARTAGO



Ruinas de la casa de don Rafael Angel Troyo



Identificación de los cadávares en la plaza del Cuartel

Fallecimiento

Con motivo del fallecimiento de la que fué doña Josefa de Bertheau, miembro ejemplar de la Rama «Virya», y hermana inolvidable, celebraron esta Rama y la recién creada «Dharana», reunidas, una sesión extraordinaria, de cuya acta reproducimos lo siguiente:

Alocución del Presidente de la Rama «Virya»

QUERIDOS HERMANOS:

ESTA sesión extraordinaria que hoy celebramos, tiene por objeto, como sabéis, el dedicar reunidos un cariñoso y fraternal recuerdo al alma fuerte y valerosa que en su vida de familia, en la vida social, entre sus amados obreros y á nuestro lado, fué un modelo insuperable de ternura, de abnegación, de modestia y de altruismo. La Rama «Virya» que tanto le debe, la Rama «Dharana» que hace suyos los intereses de la primera, han querido dejar consignado este voto de amor en sus actas respectivas, en permanente testimonio de gratitud hacia la hermana, materialmente alejada de nuestro lado, Josefa de Bertheau, en tanto que ella vuelva á ocupar su puesto entre nosotros, para proseguir la tarea de remover los obstáculos que se oponen al libre paso de nuestro definitivo adelanto, y del adelanto humano.

No demos cabida en nuestros corazones á ningún sentimiento doloroso con este motivo; respetemos la sabiduría de la ley que á su debido tiempo nos separa de este campo de batalla y nos conduce á una vida mejor, de donde podamos luego

volver, más fuertes y animosos, á proseguir la conquista del ideal. No turbemos la dicha de aquellos que, libertados de las oscuras vestiduras de la carne, gozan de la dicha inefable de vislumbrar más claramente el plan divino de la creación. Cuando por efecto de nuestra debilidad ó de la ignorancia, pretendemos interesar en nuestros dolores y miserias á los seres amados que dejaron esta tierra; cuando protestamos de su partida necesaria, procedemos torpemente, sugestionados por el incentivo del egoismo, y cometemos un acto de verdadera rebelión contra los sabios acuerdos de los Señores del Karma, ejecutores de la voluntad suprema. Buscamos afanosos las almas que consideramos alejadas por distancias insuperables, sin recordar que para ellas, cuando se encuentran sumergidas en la luz del Espíritu no hay distancias ni límites; que están en armonía más íntima con nosotros que lo estuvieron antes. Si deseamos mantener un acuerdo inteligente y directo con ellas, elevemos el diapasón del discernimiento hasta ponerlo acorde con el que es propio de su vida superior; porque solamente puede existir relación directa entre los elementos que respondan á determinados grados de afinidad.

No abriguemos la menor duda de que aquéllos que han vivido nuestra vida, y compartido con nosotros su esfuerzo y sus esperanzas en *pro* de los supremos puntos de vista que persigue la S. T., estarán aquí á nuestro lado, siempre que les ofrezcamos pensamientos y propósitos puros que puedan armonizarse con los de su elevado nivel espíritual. Si pretendemos proceder de otro modo; si por medios recusables y con fines de otra índole, tratamos de llamar la atención de las almas y asociarlas á los intereses terrenos, y ellas no son todavía suficientemente despiertas, podemos cometer el crimen de interrumpir el camino de su adelanto, contrayendo las consiguientes responsabilidades, ó seremos rodeados de impuras presencias, que simularán los caracteres de los amigos ó parientes desaparecidos y evocados, estimulando así, para perdernos, nuestras pasiones; explotando nuestra ignorancia y ciega credulidad.

Réstame felicitar al señor Bertheau por haber venido á llenar hoy el lugar que por ahora dejó vacío su digna compañera, y ojalá algún día le veamos aquí, no en concepto de visi-

tante, sino como un asociado directo en nuestras labores. Yo no quisiera intervenir en un acto que debe ser llevado á efecto por determinación de la libre voluntad; pero séame permitido indicar, que en mi concepto, la definitiva entrada del señor Bertheau en la S. T., en este círculo donde se ponen en práctica sus ideas y donde tiene tantas simpatías conquistadas, sería la mejor ofrenda, el ramo de flores más bellas y fragantes, que ofrecer pudiera á la memoria de aquélla cuyo recuerdo perdurará en nuestros corazones.

Tomás Povedano

Marzo 27 de 1910

***

A continuación el Sr. Brenes Mesén, creyendo oportuna la lectura de una página de un Maestro, citado en la obra que se llama «El Hombre», y escrita por Dos Chelas, lo hizo así.—Esta es la página:

«En el último instante, la vida entera se refleja en nuestra memoria, y de todos los rincones olvidados surgen cuadro tras cuadro y acontecimiento tras otro. El cerebro moribundo deja libre la memoria con un fuerte y supremo impulso, y la memoria restablece fielmente cada una de las impresiones que le habían sido confiadas durante el período de la actividad cerebral. Aquellas impresiones y aquellos pensamientos que eran los más fuertes, entonces resultan naturalmente los más vívidos, y sobreviven, por decirlo así, á todos los demás, que en aquel momento se desvanecen y desaparecen para siempre, para no reaparecer hasta en el *Devachan*. Ningún hombre muere falto de razón ó inconsciente, como algunos fisiólogos pretenden. Hasta los locos ó las víctimas de un ataque de *delirium tremens* tienen su instante de perfecta lucidez en el trance de la muerte, por más que les sea imposible comunicarlo á las personas que se hallan presentes. El hombre puede muchas veces parecer muerto, y, sin embargo, desde su última pulsación, desde el último latido de su corazón, hasta el momento en que la última chispa de calor animal abandona su

cuerpo, el *cerebro piensa* y el *yo* vive en estos breves segundos su vida total.

«Hablad quedo, los que estáis frente al lecho de un moribundo y os halláis en la solemne presencia de la muerte, y especialmente habéis de permanecer tranquilos en el momento mismo en que la Muerte acaba de poner su viscosa mano sobre el cuerpo. Hablad quedo, repito, no sea que perturbéis la tranquila ondulación del pensamiento, é interrumpiás la activa tarea del pasado, al echar su reflejo sobre el velo del porvenir».

Luego, para concluir, expuso algunas breves reflexiones sobre la inmortalidad, cuyo resumen es el siguiente:

La conciencia de nuestros estados físicos y mentales de hoy no es la misma que tuvimos hace diez años; nuestra vida se ha agrandado, se ha profundizado, y el mundo ha cambiado para nosotros. Y ese hecho continuará repitiéndose en una y otra edad. A medida que avancemos en la marcha ascendente de nuestra evolución, nuestros horizontes serán más vastos, nuestros puntos de vista más elevados y más comprensivos. De modo, pues, que nuestra inmortalidad no será la de nuestra conciencia presente; nuestros pasados estados de conciencia nos servirán más adelante para comprender cuán difícil es la marcha ascendente del hombre, y ésto nos permitirá una más dulce tolerancia. Los Grandes Séres al mirar todos esos pasados estados de conciencia, se sienten invadidos de un grande amor á la Humanidad y se convierten en los Maestros de Compasión que nos enseñan y nos guían: — Son Maestros de Compasión porque antes fueron hombres como nosotros.

*
* *

Rectificación

Con verdadero sentimiento he leído el panfleto últimamente publicado en *Point Loma* (*California*), que se intitula *Annie Besant, and the moral Code*, en el cual se desconoce el fundamento legal en que descansa la Sociedad Teosófica desde su fundación, y se sacan nuevamente á pleito asuntos que han sido ya prejuzgados y resueltos por el voto de una abrumadora mayoría de los miembros que componen esta Sociedad. En consecuencia, es razonable la suposición de que, labor tan extemporánea é injustificada solamente puede tener por objeto el sembrar la división entre las hoy bien ordenadas filas de la misma; finalidad que no ha de ser lograda.

Mr. J. H. Fussell (autor del panfleto) pretende hacer creer que las equivocaciones ó faltas de tales ó cuales miembros de la sociedad (si las hubo), caen sobre ésta como un estigma irreparable, criterio absurdo tratándose de una Corporación que, por la universalidad de sus propósitos y la amplitud de sus principios, no puede intervenir, sin caer en un estrecho sectarismo, en determinar límites al criterio personal de nadie, ni impedirle la entrada en ella al que lo solicite con ánimo de aprender ó de enseñar. Los divinos principios de la Teosofía, cuando encarnan en la más elevada conciencia, en las direcciones del sentimiento, constituyen los diques en que se destruye el error, sea el que fuese el origen del mismo. Un pueblo, una sociedad de criminales, no serían mejor por tener códigos insuperables de moral. La bondad del ánimo no viene de lo exterior, ni se adquiere por la imposición; emana del

adelanto del alma. ¿Cayó en inmoralidad la Iglesia de Cristo porque su divino Fundador anduviese entre publicanos y pecadores, ni porque se acompañara de María Magdalena y defendiese de falsos moralistas á la mujer adúltera? La inmoralidad de las iglesias consistiría en falsear y pervertir, con fines interesados, los fundamentos de la verdad y del bien sobre que fueron establecidas.

Con ataques tan extemporáneos y apasionados como son los del panfleto en cuestión, y tan personales, se consiguen resultados contraproducentes. Un error más ó menos grave, de que su autor será responsable, ha servido de pretexto á los enemigos de la Sociedad Teosófica para arrojar carbones encendidos sobre la cabeza de Leadbeater, eminente teósofo, cuyas inspiradas obras dedicadas al adelanto humano, pueden servirnos para comparar la elevación de su autor y el nivel inferior en que nos hallamos respecto de él, en cuanto al fin fundamental que perseguimos de difundir por el mundo un reflejo siquiera de la antigua Sabiduría.

En cuanto á Mrs. Annie Besant, ¿qué pueden importarle las censuras de los que son, por lo visto, incapaces todavía de comprender las delicadezas de su alma? Ella no tiene lugar donde dar cabida á esas tendencias de moral casuística y estrecha que proclama la eficacia del rencoroso apartamiento, la punición violenta, cuando el corazón ordena abrir los amorosos brazos al que, lleno de angustia, cae en las trampas tenebrosas del error. Acaso, puede alguien, en tanto que se halle preso en esta cárcel de la materia, considerarse libre de todo tropiezo? «El que se considere justo, ha sido dicho, se prepara un lecho de fango.»

Por otro concepto, admira que haya quienes tan sin aprensión se atrevan á menospreciar la importancia y á desconocer el valor de una vida como la de Annie Besant. El número incomprensible de conferencias que ha venido dando año tras año por todo el mundo, con el propósito de difundir las ideas teosóficas, reviviendo con ellas el espíritu de concordia y la esperanza en una eterna ley de justicia entre todas las gentes; iluminando la obscuridad abrumadora en que se habían sumido tantas doctrinas y elevados problemas filosóficos, sociales,

morales y metafísicos, tan colosal labor, bastaría á cualquier sér humano para tener derecho á ser considerado muy por encima del nivel general. ¿Y qué se podría decir de la importancia, de la erudición, de la espiritual belleza que alienta en sus muchos libros inspirados? ¿Qué de la rectitud de una conciencia que sacrifica en aras de la Verdad el propio bienestar, y hasta los lazos queridos del hogar? ¿No será ya el tiempo de hacer públicos los merecimientos de una vida tan abnegada? No hace mucho fué celebrado su cumple años, obsequiándole la Sociedad Teosófica unos cuantos miles de pesos oro, de los cuales se reservó muy pequeña parte, con destino á su propaganda, cediendo el resto en favor de institutos de enseñanza y de beneficencia. ¿Sería empresa fácil la de encontrar quien le iguale en merecimientos? Dónde se halla esa persona para rendirle el debido homenaje. De no encontrarla, hemos de convenir en que Annie Besant tiene muy merecido el ser nuncio de la *Buena Nueva*.

Como argumento aquiles, se hace ostentación en la carátula del panfleto á que me refiero, de la contradicción que se quiere suponer existe entre dos conceptos debidos, el uno á la fundadora inolvidable de la Sociedad Teosófica, H. P. Blavatsky, y el otro á la honorable Presidenta actual de la misma.

Son los siguientes:

«La Teosofía es por sí misma el más elevado Código de Moral.»—H. P. Blavatsky.

«La Sociedad Teosófica no tiene Código Moral.»—Mrs. Annie Besant.

¿Dónde aparece la contradicción que se pretende encontrar entre estos términos? En parte alguna; el uno es complemento del otro; véase:

—¿Por qué no tiene la Sociedad Teosófica un Código de Moral, según nos previene su Honorable Presidenta Mrs. Annie Besant?

—Porque la Teosofía es por sí misma el más elevado Código de Moral, conforme lo afirmara H. P. Blavatsky.

Cesen, pues, en su funesto empeño de dividir á la Sociedad Teosófica, los que pretenden redimir al mundo haciendo depender la moral de fórmulas externas y de castigos que

gradualmente crecen en intensidad, llegando á obscurecer la conciencia de sus impositores, los cuales, dado que «las cosas caen del lado á que se inclinan», más ó menos tarde, aceptan y defienden como base de la Moral, la necesidad de las penas eternas.

Por último, séame permitido manifestar mi asombro, al ver con qué tranquilidad de ánimo se intitulan miembros *de la Fraternidad Universal de la Sociedad Teosófica*, individuos que no han procurado, ni desean ser afiliados á la misma. A este propósito dice la Revista Teosófica, Organo de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica:

«Permanente.—Advertimos á nuestros lectores, para evitar errores y confusiones siempre desagradables, que la única Sociedad Teosófica, que fue fundada en 1875 por Helena Petrowna Blavatsky y Henry Steel Olcott, tiene su Cuartel General en Adyar, Madras, India Inglesa, etc.»

Tomás Povedano

*
* *

Yogi Ramacharaka

Dulce, como una mirada del sol de la tarde en la colina, ha venido á mí para llenar el vaso de mi vida con el suavísimo licor de sus plácidas enseñanzas que cordialmente venero.

Cuando me refugio entre las plantas reflexivas de los jardines del silencio, este Maestro, con la ternura de una sombra amorosa, me despierta las voces secretas de mi alma y me hace mirar el mundo en sus bellezas más íntimas. Le tengo un fresco amor de niño. Cuando habla, sentado sobre la yerba blanda del jardín, me tiendo á sus pies para mirar como fluyen de sus labios la sabiduría y el amor, como dos fuentes de agua pura.

Envía desde muy lejos sus cartas y cada una de ellas es un cesto de perfumes del Oriente; su apacible decir cae sobre mis pensamientos como una quieta noche sobre el campo que fatigó el arado.

Es sabio, y me enseña; pero sobre todo es bueno y me inspira, insinuante, los diáfanos deseos de embellecer mi vida, entregándola al bien de mis semejantes, por entre los senderos de rosas blancas de amorosos y castos pensamientos.

Muchas de mis horas más serenas saben pronunciar su nombre con ternura. Por eso he sufrido cuando vi que había servido para encubrir un acto indigno de su gentil pureza, de su misión de amor y de paz.

La difusión de los conocimientos psicológicos, la demanda

de libros y revistas destinados á esos estudios ha permitido la creación de numerosas sociedades de publicaciones.

Conozco dos, de tendencias perfectamente distintas en los Estados Unidos, ambas en Chicago. Se llama la una *The Progress Company* y la otra *The Yogi Publication Society* cuyo asiento se halla en el Templo Masónico de Chicago. Las dos editan sus obras en una misma casa editora de *Fowley and Co.* Ramacharaka enviaba sus cartas á la Sociedad Yogi que las hacía imprimir y que las reunió en volúmenes para corresponder á las demandas del público interesado en los estudios de Filosofía Oriental y de Ocultismo. Por cada volumen de esos (300 pág.) se ha cobrado un dolar en los Estados Unidos y la traducción castellana del primer tomo cuesta catorce pesetas en España. Los ocho volúmenes publicados valen cerca de nueve dólares con más de dos mil páginas de lectura.

La compañía *The Progress* se ha dedicado á la publicación de obras de Psicología y de Etica constituyendo una biblioteca destinada á satisfacer las necesidades de lo que en Estados Unidos se llama el *Pensamiento Nuevo*. Los más conocidos propagandistas de estas nuevas ideas en nuestros días son Larson, director de la revista *The Progress Magazine*, Allen, Atkinson, Ford, Frine, Mulford, Wilson y muchos más.

Nada ha escrito Atkinson acerca del Hatha Yoga. Su obra más considerable es *Mind-Power* cuyo contenido es el desarrollo del primer principio hermético «todo es mente, el Universo es mental». Se ha publicado en 1908. Y el primer volumen de Ramacharaka se publicó en 1904, el cuarto en 1906 y en este expone con profunda sabiduría la construcción mental del Universo. (Lo mismo en 1905.)

Atkinson, escribe por sí y ante sí. Expone como un occidental para los occidentales; Ramacharaka reconoce amenudo la presencia de las poderosas inteligencias que trabajan en la evolución espiritual de la Humanidad. Leed estas palabras dirigidas á los estudiantes de Ocultismo: «Sois la levadura destinada á aligerar la pesada masa del mundo de las mentes. Representad bien vuestro papel. No estáis solos. Fuerzas poderosas y grandes inteligencias están trabajando detrás de vosotros. Sed dignos de ellas. La paz sea con vosotros.» Vols. IV,

pág. 100 y v, 280). En otra obra sobre el *Raja Yoga* leo: «Aquellos que han informado y dirigido esta obra nos han aconsejado ocuparnos con sus fases menos avanzadas y más sencillas á fin de preparar las mentes de aquellos que pueden interesarse para dejarlas aptas para recibir las enseñanzas superiores. A veces he sentido el ansia impaciente de ver llegar el día de trasmitiros las enseñanzas más elevadas que se me han concedido. Y ahora parece que ha llegado el tiempo.»

Y aquí está la causa de la diferencia entre el *Raja Yoga* de Patanjali y el de Ramacharaka. La obra del primero está destinada á orientales iniciados y ejercitados, no tan sólo en comprender sus aforismos, sino también en practicar sus enseñanzas. El *Raja Yoga* de Annie Besant es un simple comentario explicativo de la de Vivekananda y de Patanjali. La de Ramacharaka es obra más extensa y más adecuada á nuestras mentes occidentales. De igual manera su *Hatha Yoga* es una primorosa obra de Fisiología é Higiene consideradas desde el punto de vista de la Filosofía Yogi, pero no se halla destinada á provocar deseos de adquisición de poderes psíquicos. Tampoco puede compararse con la obra de Rama Prasad, que es una verdadera exposición de la Filosofía de los Tatwas y no está dedicada á nosotros los occidentales, sino á estudiantes orientales avanzados.

Ramacharaka no es Atkinson. Todos los puntos de vista del primero, todas sus referencias, la estructura de su inteligencia son orientales. Atkinson es el occidental y resultaría el caso extraño de que las obras más profundas y las más bellas, las más saturadas de amor, de ternura, de sabiduría y de grandeza, Atkinson las hubiese firmado con un seudónimo, para poner su nombre en las que son un lánguido reflejo occidental de las áureas y grandes estrellas del Oriente.

¡Pero cómo he sufrido mirando la afirmación de que se trataba de un disfraz para la explotación pública! Consultado sobre la existencia de las Fraternidades Ocultas, en esta forma:

Pregunta 1ª — ¿Existen actualmente Fraternidades de ocultistas avanzados en armonía con las enseñanzas yoguis? Y si es así, ¿qué información puede darnos respecto de ellas? Ha respondido Ramacharaka.

Respuesta. — Sí, hay un número de Fraternidades Ocultas de diversos grados de adelanto, diseminadas en varias regiones de la tierra. Estas Fraternidades se hallan de acuerdo en principio con las enseñanzas yoguis aunque algo puedan variar los métodos de interpretación. No hay más que una Verdad que se hace evidente á todos los profundos estudiantes de ocultismo, y por eso, todos los verdaderos ocultistas tienen una vislumbre de aquella verdad y sobre esa vislumbre fundan sus filosofías y sus enseñanzas. Las Fraternidades Ocultas varían en su naturaleza. En algunas los miembros constituyen grupos en retirados parajes de la tierra, haciendo una vida de comunidad. En otras, los cuarteles principales háilanse en las grandes ciudades de la tierra, y compónense sus miembros de residentes en esas ciudades, con ramas adyacentes. Otras, no tienen lugares de reunión y su obra se administra desde los cuarteles generales, hallándose sus miembros difundidos sobre la superficie del planeta, estableciéndose la comunicación por medio de la correspondencia personal, de impresos privados y de literatura circulante. La admisión á esas verdaderas Fraternidades Ocultas es difícil. Ellas buscan á sus miembros no los miembros á ellas. Ninguna suma de dinero, ni la influencia, ni la fuerza pueden alcanzar el ingreso en esas sociedades. Tratan ellas de informar é instruir tan sólo á quienes se hallan preparados para ello—para aquellos que han alcanzado aquel estadio de desarrollo espiritual que les facilitará el adquirir y asimilar las enseñanzas de los Círculos Internos. Si esto es verdad también lo es que estas Sociedades ó Fraternidades están comprometidas á diseminar el Conocimiento Oculto adecuado á las mentes del público, á través de diversos canales, y encubierto por varios disfraces de nombre, de autoridad y de estilo. Su idea es abrir gradualmente la mente del público á las grandes verdades que alientan en el fondo de todas esas variadas enseñanzas fragmentarias. Y reconocen de hecho que á una mente puede llegarse por un camino y á otra por otro. Y en consecuencia envuelven sus enseñanzas en vestiduras adecuadas para atraer la atención de diversas gentes y para excitarlas á investigar el contenido. Pero en el fondo y detrás de todas estas diversas enseñanzas está la gran Verdad funda-

mental. Se nos ha preguntado con frecuencia cómo se puede distinguir las Fraternidades Reales de las espurias que han asumido el nombre y el estilo general de las verdaderas sociedades con el propósito de explotar al público, aprovechando su interés por las grandes Verdades Ocultas para hacer dinero. En contestación diremos que las verdaderas Fraternidades y sociedades ocultas *no venden jamás su conocimiento*. Se da tan libre como el agua á quienes lo buscan, y nunca se vende por dinero. El verdadero Adepto pensaría en vender su alma tanto como en vender su conocimiento espiritual lucrando. El dinero tiene un lugar que le es propio en el mundo, y el trabajador lo adquiere con derecho; y los Maestros reconocen la propiedad de la venta de libros sobre ocultismo—con tal que sea razonable su precio y no excesivo respecto del precio general de los libros—reconocen también la legitimidad con que las personas hagan su parte en las expensas del mantenimiento de las organizaciones, revistas, conferencias, instructores, etc., pero allí se detiene la idea — no se extiende á la venta por plata ú oro de los Secretos Internos del Ocultismo. Por lo tanto, si se os solicita para haceros miembros de una sediciente Fraternidad ó Sociedad Oculta por una consideración de dinero, conoceréis al punto que la organización no es una verdadera Sociedad Oculta porque ha violado uno de los cardinales principios en su fundamento. Recordad la antigua máxima oculta: «Cuando el Discípulo está pronto el Maestro aparece»—y así sucede con las Fraternidades y Sociedades—si necesario es para vuestro crecimiento, desarrollo y perfección relacionaros con una de esas organizaciones entonces, venido el tiempo—cuando estéis prontos—recibiréis un llamamiento y entonces conoceréis con certidumbre que quienes llaman son los verdaderos mensajeros de la Verdad. (*Yogi Philosophy*, vol. IV, pág. 278).

Así sólo responde la inteligencia generosa no manchada por las concupiscencias del oro. Un hombre tal no puede mezclarse en las negociaciones impuras de quienes se acogen al atrio del templo para convertirse en mercaderes de las altas verdades que por deber les es obligatorio difundir.

* * *

Sabemos que para la curación de las enfermedades se emplean diversas fuerzas ocultas y que por su medio hombres sin escrúpulo pretenden enriquecerse.

Ramacharaka les dice:

MEDICINA

«Ay de los que pretenden poseer el monopolio de una de las grandes fuerzas de la Naturaleza—de quienes hacen curaciones á despecho de sus teorías más bien que á causa de ellas! La gran fuerza recuperativa de la naturaleza es tan libre como el aire y como el sol y puede ser empleada por quien quiera que se cuide de ello. No es la propiedad ni está bajo el control de ningún individuo, culto ó escuela—y ninguna forma particular de creencia religiosa es necesaria para qne uno pueda alcanzar el beneficio de ella—los hijos de Dios se divierten con diversas formas, sectas y credos, pero El los reconoce á todos como á sus hijos y sonríe ante sus infantiles deseos de constituirse en porciones de «pueblo escogido», empeñado en excluir á sus hermanos de la común herencia» (*Yogi Philosophy*. Vol. I pág. 140).

Y como ha habido quienes pretenden realizar curaciones espirituales á precio fijo, Ramacharaka ha hecho esta advertencia:

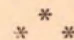
«La curación espiritual se hace notar por la inmediata y perfecta curación del paciente y la restauración de las condiciones físicas absolutamente normales, quedando el paciente trasformado físicamente en una condición que se asemeja á la de un joven robusto, perfectamente sano, fuerte, y vigoroso, sin palidez, ni dolor, ni quebranto ó síntoma de ninguna clase. Pocos individuos bien dotados en el mundo poseen en cada época este poder, pero rara vez se manifiesta, por buenas razones ocultas. Y—subráyense estas palabras—la verdadera curación espiritual nunca se ejecuta con el objeto de obtener

ganancias pecuniarias—se da «sin dinero y sin precio». La verdadera curación espiritual nunca se empaña con el légamo de la materialidad... Pero el individuo capaz de conceder el don real de la curación espiritual nunca se encuentra en una posición en que le sea necesario cobrar por sus servicios—los cuervos le alimentan, no necesita traficar con sus dones espirituales y moriría antes que prostituir su divino privilegio». (*Yogi Philosophy*. Vol. I, pág. 52 á 53).

Seguramente no es este el lenguaje de los hombres que comercian con las nobles aspiraciones espirituales de la humanidad presente. Si usurpando su nombre se ha constituido en Buenos Aires ú otra parte una sociedad que explota la ingenuidad del público de buena fe, Ramacharaka no tiene culpa alguna.

Es culpable Jesús por el comercio que se ha hecho con sus profundas enseñanzas? En caso semejante, lo serían los miembros de la Primera Sección de la Sociedad Teosófica?

Roberto Brenes Mesén
M. S. T.



Al distinguido señor y amigo don Fabio Baudrit

Con la expresión de mi gratitud más sincera, reciba también el genial escritor un justo y merecido aplauso.

La Teosofía ofrece ancho campo á cuantos la estudian á la luz de un espíritu independiente, clara inteligencia y amor á la Verdad, de lo cual es buena prueba el atinado escrito del señor Baudrit, «El Mesías que llega.» ¡Ojalá su inspiración y acierto sigan inclinándole á proseguir prestando su valiosa cooperación en favor del adelanto humano, ideal supremo de la Sociedad Teosófica!

El artículo en referencia es el siguiente:

El Mesías que llega

A don Tomás Povedano

La ciencia astronómica en sus modernos avances coincide en ciertas nociones, al parecer sencillas, con las reglas ocultas.

El Universo se rige por corrientes de atracción y repulsión que determinan el equilibrio. El sistema sideral, con arreglo á observaciones recientes del Profesor Kaptein, no se ajusta á un movimiento uniforme en todas direcciones como se expanden las moléculas de los gases, que es lo que hasta ahora se había creído. Relacionada con el centro de gravitación del nuestro, y precisamente en el plano de la Vía Láctea hay una línea determinada por dos corrientes encontradas de estrellas.

Para apreciar la extensión total de lo que esta nueva tesis

significa, conviene descender de la Física Cósmica á la Atómica y considerar la teoría moderna de las corrientes eléctricas, que se hace consistir en movimiento de los cuerpos electrizados. Hasta hace poco se creyó que sólo la electricidad negativa era capaz de ser acumulada en estos cuerpos, pero ya se sabe que son recargados con la electricidad de ambas denominaciones.

Por consiguiente, podemos considerar una corriente eléctrica como un compuesto de dos corrientes de cuerpos atómicos ó subatómicos, una cargada de electricidad positiva y la otra de negativa. De ese modo opera la ley que rige el movimiento de los soles en nuestro sistema sideral; y podemos afirmar que el nuestro, así como las otras estrellas fijas, forman inmensos electrones positivos ó negativos.

Cuando una corriente eléctrica atraviesa un alambre, produce siempre en ángulo recto con su longitud otra corriente magnética giratoria.

Aplicando esta ley á las corrientes del movimiento estelar que actúan en aquella línea, resultará otra línea sobre el plano del círculo magnético determinado por la corriente cósmica, la cual divide á la otra en ángulo recto.

Con error insignificante se calcula que la corriente eléctrica sideral corta el zodiaco de Cáncer á Capricornio, y el plano de la eclíptica en este mismo sentido; resultando en consecuencia que la línea magnética ó su plano atraviesan el zodiaco en la dirección de Aries á Libra. Quedan, pues, 4 grandes campos de acción en el plano zodiacal, perfectamente deslindados.

Los astrónomos de la antigüedad, que sabían eso, habían fijado como comienzo de su zodiaco la constelación de Aries, hecho atribuido á ignorancia por la ciencia oficial moderna. Como se ve, ellos comprendían la influencia cósmica que recibía la tierra en cada uno de estos grandes cuadrantes merced á la energía electro magnética correspondiente: cuando el sol está en Aries, la tierra está cruzando el plano de magnetismo cósmico; y cuando aquel está en conjunción con Sirio, la tierra cruza la línea eléctrica, marcando por consiguiente estas condiciones la entrada del planeta bajo diferentes energías.

Sentado este antecedente científico, veamos la posición del sol y los planetas de su sistema el día 11 de enero de 1910.

El sol entraba en la constelación oculta de Makara que más ó menos corresponde al signo zodiacal de Capricornio; y los planetas formaban con él una cruz perfecta. Mirando de la Tierra, el Sol y la Luna estaban en conjunción con Urano, formando su cabeza; Neptuno marcaba el extremo del pie y Júpiter y Saturno las puntas de ambos brazos. Marte enfilaba entre Saturno y la Tierra; y Mercurio á la cabeza con Urano.

Venus no figura dentro de la cruz, lo cual tiene un significado para el ocultismo.

Las cuatro líneas de ella coinciden exactamente con las corrientes eléctrica y magnética; siendo de notar que para que ese fenómeno se repita en semejantes condiciones se requiere el transcurso de varios miles de años.

El sistema planetario y nuestra evolución, de consiguiente, han quedado vivificados por esas energías cósmicas excepcionales.

Debe agregarse á esta especialidad la llegada del cometa de Halley. En efecto, enseña la Doctrina Secreta que la presencia de los cometas es propicia á la purificación de las energías que impulsan la evolución; y que al bañar con su cauda un mundo se engendran nuevas fuerzas que en ese momento le faltan para orientar su desarrollo hacia manifestaciones más elevadas.

La tierra será inundada por las irradiaciones del Halley del 15 de abril al 1º de mayo de 1910, lo cual reviste para ella el carácter excepcional que precedió al advenimiento de Cristo y de Gautama para no remontarnos demasiado. El nacimiento de estos grandes iniciados, enviados conscientes de su destino terrestre en determinados momentos evolutivos, fué también anunciado y precedido por cometas que fulguraron en parecidas condiciones astronómicas.

Por analogía saben los maestros que se acerca el nacimiento del octavo Mesías, y afirman que verá la luz en América, seguramente en enero de 1911, tomando en cuenta los meses de gestación.

*
* *

Los datos anteriores son entresacados de *The Theosophist*, revista mensual que se publica en Madras, India, ejemplar de enero último. Respecto á las referencias científicas se expresa allí que se toman del periódico francés *La Nature*, volúmenes 81 y 82 de octubre y noviembre de 1909, páginas 171 y 11 respectivamente.

La venida de Jesús—á quien llamamos el Cristo—fué presentida por todo el mundo de entonces: constituyó la respuesta del Cielo á una gran ansiedad de la tierra.

No solamente las masas populares lo esperaban con la inconsciencia iluminada que se traduce por el conocido proverbio que hace emanar de Dios la *vox populi:* la venida del sétimo Mesías era calculada por los astrólogos de la época; y los santuarios de Eleusis, Menfis y Delfos lo anunciaban como un hecho. Aparte de esto, desde una edad remotísima los profetas habían arrojado desde lo alto de sus inspiraciones ese rayo de esperanza que el pueblo hebreo cultivaba como un privilegio suyo.

Los reyes magos saliendo de distintos rincones del Oriente concitados por los esplendores de una estrella, nos dan muestra de la evidencia que revestía para los iniciados aquel acontecimiento cuidadosamente previsto y calculado en el sagrado retiro del Ocultismo. La coincidencia, arma de los escépticos, no puede ejercer sus leyes ciegas en este caso, y hay que convenir en que siempre hubo espíritus superiores con el privilegio de remontar el pensamiento hasta empaparlo en los altos designios que informan los planes de la gran evolución cósmica.

Por lo demás—dicho sea de paso—los vuelos atrevidos de la Idea hacia el descubrimiento de la Verdad Una, son el afán constante de la ciencia; y los sabios del día que ven el desbarajuste actual de ella y están convencidos de que por todos lados hace agua como en vísperas de un gran naufragio, son los primeros que han de convenir en que andan muy le-

jos todavía de la posesión de ese enorme secreto. Su esforzada ignorancia no es mucho que pueda confesar, de acuerdo con el clásico precepto, que cuanto más avanza menos sabe; y rotos los velos de la vanidad humana, no es mucho tampoco encender la antorcha de una olvidada fe y emprender la peregrinación que al través de nuestro propio espíritu nos conduzca al foco de toda Vida y toda Luz. Esa es la vía modesta é ignorada por donde descienden á veces los dictados de lo Eterno.

Jesús, ese Cristo que nació amparado por un rayo del Espíritu de Dios, que selló la evolución humana con viveza y eficacia tales que toda civilización contemporánea reconoce en sus enseñanzas el objetivo más noble á que puede encaminarse; ese Hijo del Hombre martirizado por la ciencia oficial de su día; amigo de los pobres desvalidos y maestro de pescadores ignorantes á quienes sinembargo preparó sabiamente para repartir sus enseñanzas sencillas y trascendentales por todo el mundo; ese Mesias reconocido y venerado, anunció que imploraría de su Padre Celestial el envío de otro Consolador, del Espíritu de Verdad que todavía el mundo no estaba apto para recibir por incapacidad de verlo.

***

La Ciencia Oculta enseña que va á surgir sobre la tierra la sexta sub-raza de la quinta raza madre.

La evolución que se prepara tiene que hallar á los hombres con un sistema nervioso adecuado, pues el actual es incapaz para resistir la tensión enorme á que será sometido.

La Naturaleza, eminentemente sabia, no desperdicia esfuerzo ni movimiento: para ella la enfermedad son medios, y como tales aprovecha los infinitos matices de la neurosis que reina doquiera. La fila de los dementes engrosa por manera alarmante; la neurastenia constituye un mal á la moda; los dipsómanos son la desesperación de los legisladores. Por todos lados surgen ejércitos de epilépticos, y las mujeres histéricas parecen escogidas para el mayor contingente de nacimientos.

Como en épocas apartadas de la Historia, que coinciden precisamente con algún eslabón evolutivo, se llena la tierra de visionarios y de supersticiones, lo cual indica mayor sensibilidad nerviosa.

Todo va sabiamente encaminado al desarrollo de un pensamiento. Uno, que no será revelado del todo al Hombre sino en su última evolución, cuando brille la aurora de un nuevo día de Brahma, y vuelva lo manifestado á confundirse en su Sér.

Atravesamos una época de desorganización espantosa. No han bastado á desterrar del seno de las sociedades el mal de la guerra los contínuos desastres en que la miseria clama por la contraída boca de los heridos la abolición del instinto salvaje que la inspira: crímenes sin cuento azotan y destruyen las gentes: se ensayan sin resultado las formas más variadas de Gobierno; la ciencia edifica y destruye sin cesar; la penuria envenena las armas de la Anarquía y del Socialismo: la duda y la indiferencia estrechan los límites del mundo; y sin curarnos de lo que haya de resultar, vamos siguiendo nuestro camino escoltados por el egoísmo y extraviados de la senda del Ideal.

El lamento de todas estas miserias se levanta de seguro hasta Dios; y nuevamente—según las señas—el cielo va á responder eficazmente al llamamiento del mundo.

El nuevo destello de la Luz Eterna que se acerca, y se adivina en nuestro inmenso desconcierto social como se presiente el sol tras de la noche, sacará de sus escondrijos á la miseria luchadora é ignorante y al mal, á quien dan vida las irregularidades con que están repartidos los bienes perecederos de la tierra; servirá para reconocer y sellar la igualdad humana; y ha de señalar—como un arúspice—el camino de Amor—y por tanto de paz y de concordia—que conduzca á la Humanidad á fines más elevados y dignos de su naturaleza.

Con el advenimiento del nuevo Cristo Social, comenzará el reinado genuino de la Verdad, de la Justicia y del Amor.

Así sea.

Fabio Baudrit

* * *

La Cuarta Conferencia del Dr. Roso de Luna

EL HOMBRE Y LA TIERRA

El himno biológico de la Astronomía, la Química, la Geología y la Paleontología comparada

TODO CONJURA PARA FORMAR EL HOMBRE

Humanización de la Tierra

La Teosofía, siguiendo las enseñanzas arcaicas, abarca bajo el concepto de Antropogénesis, toda la evolución de la Tierra como astro, entendiendo que todo el inmenso proteismo de nuestro planeta conspira á un fin único y supremo: la evolución del cuerpo físico del hombre. En tal sentido quedan por decirlo así humanizadas ciencias que están lejos de serlo en Occidente, tales como la geología y la geogenía, que estudian todo el pasado de la tierra; la paleontología que halla en las series fósiles verdaderas medallas de la evolución; la embriología comparada del feto animal y del humano, tanto en la matriz femenina para cada individuo, como en el mar, matriz piadosa y primitiva de todas las especies á lo largo de su inmensa evolución en las edades geológicas; la anatomía comparada de los organismos; su etiología ó relaciones que con el ambiente mantienen con esa relación de causa á efecto que llama medio inerte el darwinismo y karma ó cristalización de vidas anteriores la filosofía de los indúes, y, en fin, la Filogenía comparada ó genealogía de los mismos seres vivos. Todas estas ciencias y alguna otra, nacidas al calor fecundo de las concepciones de Lamarck, Wallace, Darwin y Heckel, prueban de un modo inconcuso la lenta evolución de las formas desde los primeros días del planeta, distantes de los actuales muchos cientos de millones de siglos.

De la Astronomía á la Geología: de la Geología á la Antropología

Por gigantesca que sea la concepción moderna lo es aun más la concepción teosófica sobre estas materias. Ella tiende, por decirlo así, un puente evolutivo entre la Astronomía y la Geología y entre la Geología y la Antropología, mediante una concepción sintética: la de las Cadenas planetarias; los Globos; las Rondas ó Ciclos y las Razas con sus múltiples ramificaciones. Inspirada en admirables concepciones matemáticas y filosóficas equipara la vida de los astros á la vida de los hombres. A ambos los considera dotados de siete principios ó modalidades vibratorias de la Materia-Energía viva manifestada desde su cuerpo físico, su cuerpo astral y su cuerpo mental hasta la Tríada superior Espíritu ó Angel Planetario que á la vida del astro preside, y así como enseña que el hombre continúa su labor á lo largo de un ciclo inmenso de reencarnaciones sucesivas, así el astro muere una y cien veces para transformarse y su ciclo total evolutivo se compone de siete grandes existencias como planeta ó «Cadena»; cada una de éstas de siete ciclos de vida menores ó Globos; éstos á su vez de siete ciclos menores ó Rondas y en cada una de estas rondas siete ciclos mínimos; las Razas Raíces ó troncos de los pueblos.

El estudiante que por primera vez toma en sus manos el segundo tomo de «La Doctrina Secreta» suele admitir con fe ciega semejantes enseñanzas, subyugado por su belleza, pero hace mal en no ejercitar su razón si puede, en ellas, pues ocultan una clave explicatoria del gran misterio del Hombre y de la Tierra. Los científicos del día, por el contrario, suelen no tomarlas en gran consideración siguiendo los pobres moldes establecidos y perdiendo todo un tesoro de verdades ocultas.

Cadenas planetarias

Sin embargo la ciencia moderna en eso como en todo está más de lleno ya en la enseñanza teosófica de lo que ella se figura. Si ésta dice de la tierra actual pertenece á la cuarta categoría planetaria, ya se demostró en días anteriores con la astronomía en la mano que, en efecto, el planeta Tierra es

el cuarto de una serie de planetas menores llamados con la evolución ulterior á sindicarse en uno. La «Cadena Planetaria terrestre en lo físico corresponde, pues, admirablemente en la ciencia actual á la inmensa síntesis de toda la evolución de la Tierra, como astro, desde la formación laplaciana de su anillo hasta el día en que desaparezca para dar nacimiento al gran planeta futuro cantado por todas las teogonías.

Revelaciones cosmogónicas de la Química

Para hacerse ahora cargo de lo que en lenguaje occidental puede significar cada Globo de «La Doctrina Secreta» hasta llegar á nuestra Ronda terrestre actual, que se dice es también la cuarta de las siete, es preciso apelar á las enseñanzas de la química. El conferenciante hubo de demostrarlo muy cumplidamente estudiando la serie baro-atómica de Mendeleeff ó sea la clasificación en líneas horizontales de todos los pesos atómicos de cuantos cuerpos simples conocemos, desde los más densos como el Uranio, el platino y el oro hasta los más ligeros, como el Helio y el Hidrógeno. Es sabido, en efecto, que dicho sabio al proceder así se encontró seriados verticalmente los mismos cuerpos según el orden de sus afinidades ó «familias químicas». Los detalles relativos á una posible conciliación de las ideas de los partidarios y los impugnadores de las series de Mendeleeff no caben en los límites de esta información sumarísima. Baste decir que ellos se basan en la feliz idea del conferenciante de teñir con la gama del iris las diferentes series mendeleefianas, con lo que quedan como clasificadas, ó sea privadas, gracias á la distinta coloración que se las da, de cuerpos que no pertenecen á las respectivas familias.

El resultado científico de semejante modo de proceder es notorio. Si cuatro son los Globos de «La Doctrina Secreta», cuatro grandes formaciones pueden comprobarse en la evolución química de la Tierra, á saber: la de la familia ó «mena» del Platino con el Uranio, Platino, Oro, Osmio é Iridio y sus elementos menos distantes en peso atómico, formadores de un primer «Globo» que hoy yace sepultado como núcleo hacia las profundidades del planeta. El «Globo» segundo puede muy bien hacer referencia á la «mena» ó familia del Paladio hasta

la Plata. El tercero á la inmensa familia cúprico-férrico-magnesiana, que como globo inmediatamente inferior al nuestro, es el que yace bajo la corteza que pisamos y con la que los cataclismos geológicos ulteriores la han entremezclado en casi todas partes. El cuarto Globo ó actual no es en suma debido más que á la sedimentación evolutiva de la familia llamada de «tierras y piedras» de Haüy á base principalmente de fluor, silicio, aluminio, metales alcalinos y alcalino-terreos y sobre él prepara la evolución orgánica un Globo ulterior á base de Carbono, Hidrógeno, Nitrógeno y Oxígeno. Tales ideas explican por sí una porción de hechos tales como la tendencia arborecente, vegetativa ó biológica, por ejemplo del musgo de Platino, de las dentritas del Oro, de las arborizaciones y concreciones del Hierro, el Cobre ó el Manganeso y hacen ensoñar para un día no lejano en que el laboratorio con hornos de mayor fuerza aún que el eléctrico de Moissan pueda disponer de temperaturas enormísimas como aquellas que á la sazón reinasen en el planeta, la constitución por series no de una, sino de varias Químicas Orgánicas: la actual ó del carbono; la de los fluo-silicatos ó feldespatos (química biológica del cuarto Globo de la Teosofía); y, en fin, la de los metales ó Globos precedentes, que yacen sin duda bajo nuestros pies á gisa de capas concéntricas de un inmenso «fruto» celeste: la Tierra, cuya densidad media es por eso superior á la que nos muestra su corteza.

Monstruos mitológicos: la ciencia en la poesía

Estos grandes ciclos ó Globos tuvieron sin duda una vida de la que hoy no sabe una palabra nuestra ciencia, pero que no fué ignorada por las primitivas teogonías. Las Estancias del antiquísimo Libro de Dzyan comentadas en el segundo tomo de «La Doctrina Secreta» aluden á estas creaciones misteriosas emanadas de la Tierra misma; con sus speudo-hombres «terribles y malos» sus monstruos de dos y de cuatro caras, sus minotauros, dragones, sirenas, centauros, etc., que ha conservado la tradición poética de todos los pueblos y que de un modo muy claro se lee aún en los 3 primeros libros del Popol-Vuh ó Biblia de los mapas atlantes del Yucatán con sus crea-

ciones primordiales tenidas por otros tantos fracasos evolutivos, hasta llegar la cuarta en que las primeras mónadas humanas bajaron de la Luna, para avanzar un grado más en la Tierra después de haber evolucionado como mónadas animales en el astro de las noches, ya que la característica de la magna evolución del hombre, según todas las religiones, es la de consumarse no sólo físicamente en la Tierra, sino en las seis provincias planetarias; ayer sucesivamente en el planeta extramarciano desaparecido; en Marte, en la Luna, hoy la Tierra, mañana en Venus y Mercurio y en fin en el Planeta Futuro. Y de aquí la gran profecía de nuestros destinos celestes que nos enseña que esta tierra no es sino la casa temporal de la humanidad y de nuestras múltiples reencarnaciones: «peregrino serás en tierra extraña», que reza la sentencia hermética de la Biblia.

Las edades geológicas

Dentro ya de nuestro globo, el conferenciante estudió las siete rondas ó ciclos que le integran y de las cuales han transcurrido tres, hallándonos actualmente en la cuarta. Muy amplia y sugestionada fué la correlación que sobre este punto hizo con las cuatro grandes edades geológicas, la primitiva azoica y cristalina desde la formación del magna granítico hasta el terreno de Perm; la secundaria, terciaria y cuaternaria. Dió las características paleontológicas de cada período de los en que se dividen estas épocas, tales como la materia orgánica amorfa de los granitos primitivos de Grangesbert (Suecia); la aparición de los primeros zoófitos de los terrenos laurentino, plutoniano y cambriani, la admirable florescencia de la flora siluriana subsiguiente y de su fauna que presentaba ya tipos de moluscos, crustáceos y anélidos, tocando ya á los vertebrados inferiores, tales como el pez siluriano, acorazado como un guerrero de la Edad Media para poder resistir grandes presiones y crudas luchas contra un medio duro de tremenda lucha. Vinieron luego el terreno devoniano y el pérmico como transición al período carbonífero, apoteosis vital de las plantas más rudimentarias; helechos y coníferas, cuyas selvas tropicales se vieron sepultadas al fin en un cataclismo geoló-

gico bajo el lecho de arena, de donde hoy las saca el zapapico del minero para alimentar nuestras máquinas á costa de las energías vitales que el sol de tan remotos tiempos acumuló sobre ellas. Por último, tras una descripción acabadísima de los terribles saurios de la época secundaria, terminó su brillante ojeada geológica con la apoteosis de los mamíferos y aves de la éra terciaria, hasta llegar á las edades paleolítica y neolítica de los metales, y la actual.

Los continentes sagrados

El segundo tomo de la «Doctrina Secreta», se hace perfecto cargo de todas estas conquistas occidentales de la geología, pero, además, parece relacionarlas con nuevo y peregrino caudal de tradiciones en todo el mundo, que amplían estas concepciones de la ciencia positivista; es, á saber, la de los continentes arcaicos; el primitivo ó sagrado de hacia el Polo Norte, asunto muy confuso, que necesitaría por sí sólo una conferencia y más hoy en que la ciencia pretende haber descubierto dicho polo; el hiperbóreo ó de las altas latitudes boreales; el lemuriano ó de tierras australes; el atlante ó de la cuarta Raza-Raíz, sepultado entre Europa, Africa y América y el quinto continente concordado con la quinta Raza-Raíz ó Raza Aria, que ya ha desarrollado cinco vástagos ó subrazas: la indostánica, la acadio-caldea, la irania ó persa, la céltico-mediterránea y la anglo-sajona, faltando sólo otras dos, una de las cuales comienza á alborear hacia el Canadá y Estados Unidos y otra aun no invenida en América del Sur, término gloriosísimo de un ciclo evolutivo.

Hombres astrales primitivos y sin sexo

El desarrollo de las dos y media primeras razas humanas correspondientes á los dos primeros continentes y á la mitad del lemuriano fué más astral que físico; es decir, más una evolución, que para nosotros sería invisible de esas fuerzas etéreas superiores á que se aludiese en la primera conferencia al tratar de vibraciones ultraluminosas del espectro. Además, fué sin sexo y de allí pasó á andrógino, porque acaso entonces la Luna, causa oculta de la diferencia de sexos, era aún un

planeta independiente de la Tierra. Entre tanto, se iba realizando la evolución lenta de los terrenos primarios, con los primeros organismos que constituyen el prólogo de la evolución humana ó sean los protozoarios hasta el vertebrado, que ya aparece como pez en el período silúrico.

Este extremo, acaso el más confuso de los de la gran obra de Blavatsky, obligó al conferenciante á dos excursiones previas: una al campo de la embriología y otra al de la geografía; ambas interesantísimas.

Augusto Lemeére y los antepasados del hombre

Para la primera, recordó las enseñanzas de Augusto Lemeére, acerca de los períodos más típicos de la evolución, de todo el mundo animal, hasta llegar al hombre físico, tal y conforme está hoy constituído; argumento que en el claustro materno repite la embriogenia de cada hombre, haciéndole reproducir en «racconto» de meros nueve meses, todas las tónicas evolutivas para las que la humanidad, como conjunto, ha empleado millones de siglos. Estos períodos son en ambos casos: 1º aquel en que la célula humana, (en el feto, en la matriz humana y también en la matriz Tierra), es un ser monocelular, «un protisto»; 2º aquel en que pasa á ser un «póiipo pluricelulado»; 3º aquel en que comienza á dibujar el sistema nervioso y el neuroesqueleto «vertebrado»; 4º aquel en que llega á ser «mamífero», y 5º aquel otro en que el hombre físico alcanza ya á ser «un primate», un «pseudo-simio».

El mono procede del hombre

Detalló el doctor Roso la contextura del organismo mono celular primitivo con su epidermis, su protoplasma circulatorio, sus núcleos de nucleina y linia, al modo de los discos de la pila de Volta, productores de la corriente químico-eléctrica y vital; los caracteres de la sárcoda de du-Jardin, del amibo haeckeliano y de otras formas embrionarias. Pasó luego á describir la contextura hipotética de los micro-organismos y las bellezas arbóreas de los micro-organismos, tales como la leptofora lujalina, que es como un sauce, las «vorticellas», que son á modo de flores animales con tallo y raíces, pero no fijas, co-

mo los vejetales en el suelo, sino libres, ya por conquista de su evolución y flotantes en el seno maternal de los mares, los celanterados, los «foraminíferos», pentacrinos, llamados por el naturalista Brehn verdaderas sirenas del color que brillan bajo las ondas, cual astros diminutos llenos de la melancolía misteriosa del infinito. Diseñó luego la evolución de la gástrula ó estómago embrionario de «choanoflagelatos» y «espermatozoos» y tras el «pez-lanceta» de los fondos océanicos, continuación de «ceriantos, anémonas y anfioxus», llegó á los últimos grados de esa mística escala de Jacob del mundo animal, que el hombre corona por su organismo físico. Tuvo un cariñoso elogio para un gran compatriota nuestro, el doctor Ameghino, quien, de acuerdo con las enseñanzas de la «Doctrina Secreta» no cree al hombre descendiente del simio en lo físico, sino todo lo contrario. La anatomía comparada de entrambos demuestra sí un sexo evolutivo, pero el mono tiene caracteres más que de un hombre embrionario, de hombre degenerado, por los vicios, como fruto de una caida, una hibridación del hombre lemuriano, como seres inferiores de naturaleza animal. Si el mono fuese una forma precursora del hombre, se parecería no al hombre degenerado, sino al niño que evidentemente es el embrión del hombre, que en él á los pocos años subsigue.

La pirámide de Pamir

La orografía es un indicador de más de un misterio geológico y de difusión de los pueblos. Ya Malte Brun y Eliseo Reclus, entre otros, han cantado verdaderos himnos á la distribución geográfica de mares y continentes. El primero ha hablado de la zona ó anillo montañoso que rodea en círculo máximo á nuestro globo, á partir del cabo de Hornos por todos los Andes, y desde Berinhg hasta el cabo de Buena Esperanza, á través de toda Asia y Africa Oriental, y otros geólogos se han hecho cargo de la relativa simetría de las dos partes del continente americano, la de las tres penínsulas meridionales de Asia con las tres penínsulas meridionales de Europa y otras varias consideraciones de este tenor.

En realidad, lo que hay es que así como la tierra tiene

polos geográficos, la orografía del mundo tiene también dos polos opuestos que son la meseta de Pamir y las alturas del Perú.

La tierra vista desde el espacio presenta, pues, la apariencia de un círculo ó disco con una gran cruz orográfica, tal y como está representada en su símbolo astronómico que, como es sabido, es la cruz dentro del círculo. Justamente, desde Pamir son evidenciables las cuatro grandes alineaciones montañosas, que prolongadas irían á juntarse hacia la meseta de Bolivia que le es antípoda. Tales alineaciones están formadas, la primera ó del noreste por las cordilleras de Tian-Chan al Tai, Estanoboi hasta Berinhg, ó más bien, hasta el cabo de Hornos. La segunda ó del sudeste la constituyen las Himalayas, las cordilleras de la Indo-China hasta Malasca, continuándose bajo el mar hasta Australia y Nueva Zelandia. La tercera ó del sudoeste, por el sur del Irán y de la Arabia hasta Abisinia y el cabo de Buena Esperanza. La cuarta ó del noroeste, que se dibuja bien claro por el norte del Irán, montañas de Armenia, Cáucaso, Karpatos y Balkanes, Alpes y Pirineos, hasta Finisterre. Y, detalle singular, diríase que las pirámides de Egipto y de Palenque, no son sino símbolo de la magna pirámide orográfica así formada, y que del mismo modo que aquéllas, no fueron otra cosa que centros de iniciación rápida en los misterios del Cosmos y del hombre, la pirámide continental, por cuyas cuatro caras se han esparcido los pueblos, es el templo de vida en que la humanidad se inicia como un todo en el decurso de los siglos.

Los cuatro continentes

Con la concepción anterior se explican bien los continentes hiperboreo lemuriano y atlante de la «Doctrina Secreta». Así el primero le formaría, aproximadamente, en tiempos remotísimos todo el huso norte, con su polo correspondiente, abarcando los más antiguos terrenos del globo, que como es sabido, llevan nombres tomados precisamente de países boreales, tales como el reino de los siluros, la bahía de Hudson el golfo de San Lorenzo y todo el norte de Rusia hasta Perm, dan nombre á otros tantos terrenos primarios. El segundo continente ó huso meridional sería la Lemuria adivinada por Lamark, Dar-

win y Wallace, el tercero ó Atlante, tanto hacía referencia al huso de Este como al de Oeste, y explicaría el misterio de aquel gran continente ecuatorial que tuvo tierras tanto en el Atlántico como en el Pacífico del Norte.

Las dispersiones de los pueblos

Toda nuestra historia conocida no es sino el deslizarse de los pueblos á lo largo de la expresada línea ó arista del nordeste. En ella, en efecto, vemos sucederse el pueblo hindú, tanto del Hindo como del Oxus, y el Saxartes, el pueblo accadio-caldeo, de las llanuras del Eufrates y el Tigris, el pueblo iranio, el griego y el romano, ó mejor el tronco celta, que modernos estudios de Sergi tratan de hacer mediterráneo.

De la España, del kalifato medioeval se saltó hacia la América, siguiendo siempre esa misma dirección, y á partir de aquel momento, la cultura parece venir ya recíprocamente de Oeste á Este, y por encima de dicha línea, cosa que explicaría el esplendor actual de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, y el futuro, pero vecino esplendor de la América del Sur, á quien el destino parece reservar por leyes lógicas de armonía y de ciclo, la misión de constituir una gran cultura y civilización de conjunto con toda la levadura europea é indígena hasta constituir en torno de la antípoda de Pamir las grandiosas civilizaciones del Plata, Amazonas, Orinoco, etc., que coronarán la evolución aria en algo muy superior, quizá á lo que diera en sus comienzos en los otros ríos, que tan clásicos son en la historia.

La Teosofía encierra dos grandes promesas á este respecto: la una para la América del Norte, donde comienza ya á desarrollarse la sexta subraza aria, cuyo lema ó Dharma sería la fraternidad humana, de la que la Sociedad Teosófica viene á ser núcleo; y la otra para América del Sur, cuyo Dharma de síntesis deberá ser dentro de los admirables ideales aportados de todos los lugares del mundo, el de una voluntad libre, amorosa é inteligentísima, con la que pondrá término á todo un ciclo de ciclos antes de comenzar el continente nuevo del Pacífico.

* * *

Asuntos Diversos

Esta Revista saluda al señor Presidente de la República, Licenciado don Ricardo Jiménez, y á su digno Gobierno, deseando que su administración se vea favorecida por la prosperidad, la paz, y toda suerte de adelantos.



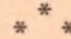
Tenemos la satisfacción de anunciar la fundación de la Rama «Dharana», en San José de Costa Rica, de la cual es también órgano oficial nuestra Revista. La nueva Rama nace bajo los auspicios más favorables, dados los valiosos miembros que la integran.



Es verdaderamente grato el espectáculo que ofrece Costa Rica haciendo frente á las consecuencias de la catástrofe que ha concluido con la floreciente ciudad de Cartago (su antigua metrópoli) arruinando muchos pueblos, causando extragos en esta Capital, y agostando centenares de vidas. Todos, nacionales y extranjeros, sólo se preocupan de atender á los que han quedado en desamparo, curar y asistir heridos y prevenir en lo posible futuras y posibles desgracias. Hace un mes que se iniciaron con desusada violencia los temblores de tierra y con más ó menos intensidad se han sucedido hasta el día. Con ese motivo, parques y plazas se han cubierto de múltiples tiendas de campaña, que producen la impresión de una ciudad preparada para la guerra. Pero no haya temor: la lucha es santa, y las armas empleadas en ella son las de la caridad, el amor y la abnegación. Ante tales ejércitos es de esperar que ceda la hostilidad de los elementos.



En el próximo número continuaremos publicando las hermosas conferencias de nuestro eminente colaborador Mario Roso de Luna.



Bibliografía

Agradecemos el canje de la importante «Revista Theosophy in Australasia». Organo de la Sección Australasiana de la Sociedad Teosófica.

El número 12 de esta Revista, correspondiente al 1º de Marzo de 1910, ofrece el contenido siguiente:

1. The Outlook.
2. The President's Quarterly.
3. The Meaning of Theosophy.
4. The Star Apart—Part 1.
5. "Penny-in-the-Slot" Karma.
6. The Child Seer.
7. The Devil.
8. The Land ot the Sphinx.
9. "Hold On!"
10. Questions and Answers.
11. What Our Branches are Doing.
12. The Magazines.
13. Reviews.
14. At Home and Abroad.



Del «The Theosophist» de Marzo, de Adyar, Madras India:

«Nace en la actualidad un considerable número de niños prodigios. Pareciera como si *egos* muy adelantados se enviaran al mundo para que tomando las avanzadas en todos los senderos del pensamiento y del arte, sirvan de precursores al Maestro que vendrá. Ultimamente de New York, ha llegado la noticia de que un niño de diez años de edad, Guillermo Santiago Sidis, ha estado dando conferencias sobre la cuarta dimensión, en el Club de Matemáticas Harvard, manteniendo fija la atención de distinguidos profesores en esta ciencia, que vinieron á oirle, de todos los estados de Nueva Inglaterra. Llama la atención hacia el hecho la circunstancia de que nadie haya tratado de

explicar el fenómeno de cómo un niño tan joven y que sólo cursó un año de escuela, haya podido por sí mismo y en tan corto tiempo, aprender todas las matemáticas, la astronomía y algunas otras ciencias. Naturalmente, ¿qué otra, sino la ley de reencarnación puede explicar tal fenómeno?»

***

Traducimos del quincenario «Le Theosophe»:

EN TUNEZ

«Acaba de constituirse un centro teosófico en Susa por muchos de nuestros hermanos; el Presidente de nuestro grupo es bien conocido de la Rama «La Unión» de París, la cual les dirige á todos sus hermanos de Tunez sus votos y sus felicitaciones. Las reuniones son quincenales, y la duración de cada una, de hora y media. Los miembros del grupo podrán llevar consigo á los amigos que deseen obtener aclaraciones sobre la Teosofía. «El desenvolvimiento personal debe tener por único objeto el acudir en auxilio de la humanidad,» nos dice el extracto de la relación que nos ha llegado de Lusa.

Valor, amigos lejanos! No olvidéis jamás que aquí, en Francia, encontraréis vosotros siempre buenos corazones dispuestos á unirse con los vuestros, para cooperar en la mayor medida de lo posible á la realización de los nobles propósitos que perseguís.»

***

EN ALEMANIA

«Hemos sabido que el gran teósofo alemán h. Dr. Rudolf Steiner acaba de dar seis grandes conferencias en Viena, que versaron sobre el *Macrocosmo* y el *microcosmo*.» Irá en breve á Cristianía, donde disertará largamente sobre *Mitología del Norte;* de allí saldrá para Munich, donde él interpretará *Los Misterios de la Rosa Cruz*.

Avisamos á aquellos de nuestros lectores que sepan leer el alemán, que el Dr. Steiner acaba de publicar su «Doctrina Secreta», obra importante y voluminosa sobre la cual nos abstenemos de hacer ningún comentario hasta que tengamos de ella pleno conocimiento.

Nosotros esperamos que alguno de nuestros hermanos, que se halle al corriente del movimiento teosófico en Alemania, se servirá ofrecernos un análisis del libro: le anticipamos por ello las gracias».

***

FRANCIA

«En otro lugar damos cuenta de la Federación de las Ramas del Sud-Este. En París, las conferencias de la *Avenue de la Bourdonnais*

son escuchadas por un público cada vez más numeroso, siendo de notar que el 3 de Abril último, supo M. Emile Marcautt cautivar á su auditorio con motivo de la Reencarnación, y que el 7 nos entretuvo Mme. Am. Gédalge refiriéndose á la Teosofía de Wagner.

Desde hace mucho tiempo no habían nuestras conferencias en París sido tan variadas, gracias á Mlle A. Blech, á Mmes. de Manziarly y Gédalge, á MM. Chevier, Revel, (padre) Marcautt, Stertz, Elmés, Louis Revel, Lemozy, etc.

Los miembros más modernos de la Rama *Unión* de París se felicitan del retorno de la mujer enérgica y por entero dispuesta al sacrificio, que les ha iniciado en la Teosofía, Mme. Magny, la cual, después de muchos años ha sabido electrizar los corazones adormecidos, infundir valor en los más modestos, incitar á la acción, al trabajo y al sacrificio á los menos celosos. A muchos de entre nosotros nos ha infundido ella el amor por lo elevado, lo verdadero, por el bien, y en el momento de festejar su vuelta á nuestro lado, nos consideramos dichosos al ofrecerle público homenaje de afectuoso reconocimiento.

¡Ojalá que M. M. acoja benévolamente nuestros sentimientos de gran afecto y admiración por ella».

* * *

UN VUELO PREMATURO

CAPITULO IV.

EL DESDOBLE

Todo renacer llega envuelto en misterioso encanto: cada aurora es la luminosa revelación de un nuevo esfuerzo hacia el ideal determinado por la mente del Logos, y la Naturaleza lo espera estremecida. Ella presiente el renovado sacrificio, y con materno amor expresa su emoción en concertadas notas, que se elevan como ofrenda sagrada de cuanto ser alienta, entre el perfume de las flores y la ternura del corazón. Poco después de cada aurora se renueva la batalla de la vida. El yunque vibra al rudo golpear del martillo, y la informe masa candente se retuerce y fulgura bajo la indomable ley de la idea, convirtiéndose lentamente en instrumento útil y bello. Hasta alcanzar la meta indescriptible, todo es luchar. La ignorancia protesta y niega la eficacia del progresivo impulso, en tanto que la Sabiduría lo secunda y lo armoniza.

Amanece. Aprovechemos el momento de tregua, de preparación, que sigue á todo despertar, contemplando el cuadro que ofrece nuestro famoso indo, el cual, sentado á su manera, con las piernas cruzadas, inmóvil y de cara al lugar más luminoso del cielo, se encuentra en un rincón solitario del parque, en la residencia con honores de palacio, de los señores Heathfield. Diríase que le envuelve el silencio y que le compenetra. Las bulliciosas avecillas enmudecen cuando el blanco personaje llega allí cada mañana y permanece inmóvil, como una helada estatua, desde que alborea hasta que el flameante sol se eleva sobre la línea del horizonte visible. Ellas descienden cautelosas de rama en rama, se interrogan con la mirada, y estrechan poco á poco el asedio, hasta que las más atrevidas llegan cerca de él, así como los ciervos y las tímidas gacelas, que no se atreven á proseguir en sus alegres morisquetas y graciosas cabriolas. A la orilla del próximo lago, levanta un cisne su cuello serpentino sobre los nenúfares, bordados de cristalinas gotas de rocío, y se asocia á la muchedumbre de curiosos que caen bajo el dominio de la física percepción. En lo invisible, sería maravilloso el contemplar las tenues formas que flotaban en el ambiente. ¿Eran notadas por el blanco mago? Puede que lo fuesen, sin que en ellas se detuviera su mente más que para considerarlas como expresión de grandes ener-

gías y pensamientos, y admirando el inmenso y siempre renovado poder formativo que á la activa mirada del vidente ofrece la creación.

De improviso se interrumpe el encanto. Las alas zumban en torpe revuelo; golpetean sobre la enramada, y truenan las duras pezuñas sobre las hojas secas que llenan las veredas. ¿Qué ocurre? Es que, sin cumplimiento alguno, saltó la recortada valla del seto, un hermoso y corpulento perro danés apareciendo en escena arrogante y alegre, atronando con sus latidos. Saludó cortesmente al blanco huesped, pasando ante él con la cabeza baja, las orejas gachas, moviendo la cola, y luego, fijándose en determinada dirección con alegres ojos, ladró de un modo particular.

Saliendo entonces el indo de su abstracción, murmuró sonriente: Gracias, gracias, león, ya te comprendo: viene hasta aquí tu dueño: y levantándose vió, en efecto, que se acercaba el aludido personaje. Llegando éste hasta él, se entabló el siguiente diálogo:

—¿Cómo se os trata en el parque, estimado Ul-kemi?

—Perfectamente Mr. Heathfield.

—¿Persistís en no aceptar el ala deshabitada de nuestra residencia?

—Señor, este departamento en que me encuentro establecido,—por vuestras bondades,—rodeado de añosos árboles, de floridos verjeles, de lagos cristalinos, silencioso y aislado, se acomoda maravillosamente á mis propósitos; la puerta reservada que le da libre acceso, deja más amplitud á mis discípulos para acercarse á mí.

—En tal caso no insisto más. ¿Os sería grato que volviésemos sobre nuestra discusión de ayer, en tanto que paseamos.

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿No os parece demasiado intolerable el penetrante frío de esta mañana?

—Se hace sentir verdaderamente, y por cierto que viene saturado de esencias saludables.

—¿Quedábamos ayer?...

—En que no debieran los orientales desperdiciar sus grandes energías en abstracciones y fórmulas sin sentido, olvidándose, me decíais, «de que viven en la tierra, de que hay que vivir la vida».

—Tal fué, en efecto, el punto en que quedamos: ¿qué objetais al mismo?

—Señor. Cuando hace poco brillaba el Sol en las cumbres del Himalaya, envolvíase el Occidente en un velo de obscuridad. Lo que es oportuno ahora aquí, puede no serlo en otros lugares. Hay que vivir la vida, es cierto, y que aprovechar las lecciones que ella ofrece; pero si agotadas las experiencias en este plano material se adormece el alma en la ilusoria idea de que ha cumplido todos sus deberes y se cruza de brazos, retrocede y cae, en lugar de preparar sus alas para más elevado esfuerzo. El pueblo indo es viejo, y en él hay muchos que se han desorientado y siguen la rutina de fórmulas sin sentido, y

muchos otros que rinden culto á la superstición; pero en cambio, cuantos hay también que han superado en miles de siglos á nuestra edad, sin contar á los grandes Seres que, si permanecen por compasión hacia sus hermanos menores aquí, prontos á prestar su auxilio, es justo decir al referirse á ellos, lo que de sí dijera Jehoshua, vuestro celestial enviado: «mi reino no es de este mundo». Ahora, está en el orden natural de las cosas el que vosotros prestéis vuestra mayor atención á los ingeniosos juguetes que os hacen tan amable la existencia, considerada en su aspecto material; que estudiéis el fenómeno en sus múltiples apariencias; que pretendáis y logréis dominar las dificultades que ofrecen á la osadía la tierra, los mares, el viento; que améis la holgura, el brillo fugaz, el valor transitorio de las riquezas: nosotros ya pasamos por todo eso, y cuando la Tora, la Rueda que siempre gira, vuelva á llevar á la India semejantes anhelos, serán generalmente otros hombres los que luchen en ella.

Prosiguieron paseando nuestros interlocutores, y durante un buen rato no despegaron sus labios. Los obscuros pinos, las lilas en flor y las acacias, que se mecían á impulso del Nordeste, saturaban con sus emanaciones el ambiente.

Mr. Heathfield rompió el silencio, diciendo:

—Qué opinión tenéis de la igualdad, entonces: si no puede haberla entre las aspiraciones, necesidades y caracteres de los pueblos, podremos esperar en que sea factible el conseguirla entre los hombres?

—Esa igualdad, que existe en lo que se refiere al mundo del espíritu, es la meta de las aspiraciones del sabio; pero hasta que el conjunto de la humanidad se halle en condiciones de alcanzarla, ¡cuántos millones de veces hábrá girado la tierra sobre su órbita!

—¿La libertad?

—Esa es la hija del discernimiento; mientras éste no llega á su madurez, la considero una ilusión infantil.

—¿Y la fraternidad?

—¡Oh! ¡La fraternidad es la llave divina que nos abre las puertas del feliz porvenir!

Una voz argentina que saludó cerca de ellos con la obligada fórmula de *gud morning*, cortó el diálogo: era la voz de Miss Ethel, la cual prosiguió diciendo:

—Señores míos, el desayuno nos espera. Hay que rendirse á esas exigencias de la vida animal, en tanto que estas vestiduras de carne nos aprisionen.

—Yo, hija mía, replicó Mr. Heathfield, como buen inglés, rindo pleito homenaje á tan agradable mensajera. Luego, besando en la frente á Miss Ethel, agregó: Nunca esquivo la oportunidad de recuperar en bien servida mesa, mis ya algo quebrantadas energías. «Al César, lo que es del César».

—¿Y nada más?—Inquirió dulcemente la agradable mensajera.

—Lo demás se da por entendido, pese á mis propensiones volterianas.

—La Verdad, como un fuego inextinguible, consume al fin todos los velos que la ocultan, añadió el Indo.

***

Estamos en el laboratorio del mágico; un gran salón rodeado de corredores por tres de sus lados. En el fondo, tiene la entrada que conduce á varios cuartos con altas ventanas á los jardines. El aspecto exterior de este edificio recuerda los verandah de la India.

En torno de una gran mesa de roble, tallado con arte, discuten ó charlan algunos señores; los más se encuentran familiarmente sentados en poltronas y sillas de formas diversas; otros están de pie. Uno de estos últimos decía: Sin grandes esfuerzos de imaginación, se deja ver el poder sugestivo del Indo, hasta en el menor de los detalles. De otra manera, cómo podría explicarse el que tirios y troyanos nos abrazáramos al terminar la célebre sesión en el Hotel, enternecidos y emocionados como si en vez de la sangre de nuestra raza corriese por nuestras venas la cálida sangre de los latinos. ¿Es posible explicarse semejante anomalía?

—Ciertamente que el lance es para admirar, y á mí me preocupa también; ¿pero qué razón hay para suponer que fuese debido á la sugestión? Ese es un argumento muy socorrido para dar por hecho lo que ignoramos, tratándose de las poderosas influencias que actúan en estados de la materia que se escapan á nuestro dominio. La sugestión efectiva, en este caso, es la de ver por todas partes sugestionadores temibles, fulminando sus influencias avasalladoras sobre nosotros, cual si se tratara de inocentes y tímidos corderos.

Una franca explosión de risa fué la que siguió á tal concepto, risa que todos reprimieron al ver entrar al esperado maestro Ul-kemi seguido de Ethel.

—Sentáos, hermanos míos, dijo ésta última.

El Indo, siempre sonriente, autorizó con un movimiento de su mano la indicación de Ethel, y cuando cada cual ocupó su lugar acostumbrado, les dirigió la palabra en los términos que siguen:

—Ya os dije mi opinión respecto de las gerarquías: *En todo cuanto es*, se halla como realidad única la Gerarquía de Lo Inefable; el hombre, en quién culmina, es gerárquicamente el primero de una escala inmensa, aquí en la tierra. En principio, por consecuencia, cada ser humano, ocupa idéntico lugar que su semejante; pero en la relatividad de la respectiva evolución individual, existen necesariamente gradaciones muy numerosas. Desde el salvaje hasta el hombre de Ciencia y del Arte, hay muchos grados de diferencia en el adelan-

to, y cada uno determina un nuevo escalón alcanzado, un grado obtenido en el proceso gerárquico.

Este proceso existe de igual manera entre los seres que pueblan lo invisible. Hay corrientes afines que relacionan á los habitantes de la tierra con los de otros planos de materia más sutil; allá como aquí pululan criaturas de ínfimas ó de superiores cualidades, las cuales son atraídas hacia sus semejantes; por consecuencia, el que pretenda recibir inspiraciones y poderes de un orden gerárquico superior, en cualquier línea que sea, ha de ponerse en armonía con él, en el orden moral, intelectual ó espiritual.

Ahora bien: si he sabido explicarme, habréis comprendido que corren un verdadero peligro, aquéllos que aman y desean conocer y practicar en el dominio de lo oculto, al cometer el error de asociar á sus pretensiones á los llamados espíritus de la Naturaleza ó á gerarquías de un orden superior. Para obtener el éxito se necesita emplear procedimientos que sólo nos pueden ser concedidos por la más elevada Sabiduría, y ésta no está al alcance de los que no han conseguido un dominio extraordinario sobre sí mismos; y desgraciados de ellos si á esa cualidad no le acompaña la virtud. Era mi deber inmediato el preveniros de tales riesgos, antes de pasar adelante en nuestras experiencias. Ahora, reservándome todavía el modo de proceder, que sólo descubriré á quien llegue á merecerlo de entre vosotros, voy á complaceros ejecutando alguna experiencia curiosa.

En este momento se aproximó á respetuosa distancia, con su aspecto de autómata, el sirviente Klarvid, y anunció:

—Mr. Eyrecourt.

—Adelante, llegáis á tiempo, amigo mío: díjole Ul-kemi.

Saludó el aludido á la concurrencia con su acostumbrada finura, y se sentó cerca de Ethel.

—¿Con que hoy es el día designado? la preguntó quedamente.

—Así me fué prometido; pero considero prudente la reserva.

—Perded cuidado: ¿no sentís inquietud?

—Ninguna.

El indo Ul-kemi prosiguió diciendo:

—Que uno de vosotros arranque la hoja que le parezca de un block de papel y que la examinen todos.

Se hizo así.

—Ahora, coloquen esa hoja en cualquiera parte donde yo no la vea; quédense todos de pie á su alrededor, poniéndose de acuerdo, en silencio, sobre la frase ó concepto que quieran que aparezca escrito en dicha hoja. Esperen á que sobre vuestras cabezas, en el aire, se produzca un aviso de los que ya conocéis, y ved entonces si se ha obtenido la experiencia.

Se hizo así: á los cinco minutos, poco más ó menos, estalló sobre las cabezas un golpe psíquico: sacaron el papel, y encontraron escrito en él, en caracteres góticos, el conocido axioma que dice: *Numen con-*

ceptum pectore. Era el pensamiento convenido. Algunos minutos más tarde desapareció la inscripción.

—Quedad nuevamente en silencio, con la mente pasiva, —ordenó Ul-kemi, — y prosiguió diciendo: Miss Ethel, sírvase colocar sus manos ahuecándolas, una sobre otra; así.

Pasado un rato, añadió:

—Querríais ver lo que contienen vuestras manos? Las separó la joven y quedó sorprendida de encontrar entre ellas una rosa fresca, recién desgajada. ¡De mi rosal!, exclamó. Y así era, en efecto.

Después de los comentarios y discreteos consiguientes, se despidió la concurrencia hasta el próximo día indicado para proseguir los estudios, y quedaron solos Ul-kemi y sus discípulos Ethel y Eyrecourt.

—Miss Ethel, vamos á complaceros. Supongo que durante los últimos días habréis rigurosamente observado mis prescripciones, le insinuó su instructor.

—Correcta y fielmente.

—Está bien: Vos, Mr. Eyrecourt, permaneceréis tranquilo, sosegado y en silencio absoluto. En la experiencia que vamos á llevar á cabo, cualquiera ruído, el más insignificante, se acrecienta enormemente para el sujeto y puede ocasionarle grave daño. En cuanto á Ethel, con su voluntad puesta en mí, pasiva y confiada, dejará proceder.

El Indo veló la luz, se persuadió de que no podría ser sorprendido por persona alguna, sentó en un sitial apropiado á su discípula, se colocó ante ella de pie y quedó inmóvil. Se presentía que silenciosamente murmuraba alguna fórmula solemne y misteriosa. La *sujeto*, que cerraba lentamente sus ojos, manifestó de pronto cierta angustiosa inquietud y los abrió con asombrada expresión.

—Nada de temor, le insinuó dulce é imperativamente Ul-kemi; velamos por vos. Esas visiones carecen de realidad y de consistencia. Confiad.

Quedóse Ethel pálida, densamente pálida; pero apacible, transfigurada. Extendió sus manos hacia ella el Indo y prosiguió inmóvil. Se percibía el golpear de los corazones, y cualquiera diría que iba envolviéndose Miss Ethel en una tenue y blanca gasa. Tal, al menos, le pareció á su hermano adoptivo. De repente ordenó el operador: ¡Salid!... así: no lejos. Id al escritorio de vuestro padre y encontraréis en un legajo que confié á su custodia envuelto en seda amarilla un pantaclo. Estudiad bien sus detalles, y cuando volváis á vuestro cuerpo físico y despertéis, recordad.

Transcurrió un breve rato. Mr. Eyrecourt, no obstante la fe que ya casi le inspiraba Ul-kemi, y la fuerza de su voluntad, comenzaba á sentirse mal; pero éste, como si adivinase su estado, le miró dándole aliento.

—¡Basta ya!, volved—indicó Ul-kemi.

Ethel se extremeció y su rostro expresó la angustia.

—Es preciso, amiga mía; yo os lo ruego. ¿No?, pues lo ordenaré.

La joven abrió sorprendida sus ojos y se levantó nerviosamente, en tanto que su Instructor le daba unos pases magnéticos de abajo hacia arriba, luego otros en sentido transversal, al mismo tiempo que decía: tranquilidad, equilibrio. Sentáos.

Mr. Eyrecourt esperaba entre conmovido y curioso el permiso de acercarse á Ethel, y como si leyera en su pensamiento Ul-kemi, le dijo: «si podéis».

—¿Cómo os sentís, hermana mía? interrogóle llegando presuroso cerca de ella.

—Perfectamente, gracias: respondióle Ethel con tono glacial y clavando en las pupilas de Mr. Eyrecourt su mirada afanosa, como si en ellos quisiera encontrar la solución de un enigma.

Luego, en tanto que Ul-kemi fruncía ligera y piadosamente el entrecejo, componiendo ella su expresión, y arrebolado el rostro, dirigiéndose á Ul-kemi, expresando ternura, admiración y respeto su movible semblante, dijo: no sé como demostraros mi profunda gratitud.

—Siendo sumisa á vuestro compromiso tan sólo, querida hija mía, Y ya que os veo recobrada de las pasadas emociones, espero que os tomaréis la molestia de referirnos vuestras expereriencias y cuidados de hace poco.

—Reconcentró Ethel su pensamiento, y luego se expresó así:

—En el momento mismo en que tomé en el sillón una actitud cómoda y reposada, sentí cierta impresión de sopor extraño, perdiendo la noción del lugar en que me hallaba; me encontré como mecida en un oleaje de niebla, y á poco me pareció como si desde las piernas á la cabeza sufriera un desgarramiento interior. Rodeome luego algo tan ténue, tan silencioso, que si lo hubiese, lo llamaría el vacío; pero no, que aquí y allá comenzaron á destacarse multitud de formas siniestras en aquel espacio sin fondo, formas que como fuego fatuo oscilaban á impulso de mi agitado aliento, contrayéndose como reptiles y prolongándose hasta desvanecerse á medias cual vagos celajes, para reaparecer más extravagantes y espantosas: luego, á una señal convenida, en un momento dado, cuando olvidada de vuestras recomendaciones repetidas comenzaba á retroceder, presa del espanto pavoroso, se levantaron aquellas demacradas y enloquecidas creaciones de la ignorancia y del dolor sin consuelo, y desgreñadas, furiosas, mostrándome sus garras amenazantes, avanzaron como una ola sobre mí, cuando vuestra voz amada, infundiéndome inesperado aliento, valor indomable, resonó plácida en el fondo de mi pecho exclamando: «Esas visiones carecen de realidad y consistencia. Confiad»... ¿Y qué se hizo el temido ejército? Se fundió en el silencio y el *no ser*, y me sentí feliz? ¿Dónde me encontraba entonces? Estaba aquí, á vuestro lado; os veía con tal claridad que la impresión me daba vértigos; mi vista penetraba

hasta el interior de vuestros cuerpos, iluminados por colores diversos; qué curioso el movimiento de la corriente circulotoria; qué vibraciones tan armoniosas y complicadas las del sistema nervioso. Aquí en esta poltrona, respirando sosegadamente, contemplo á mi cuerpo por el que vela imperiosa vuestra voluntad, Ul-kemi. ¿Le amenaza algún peligro? me digo; y hallo en vuestra mente la inmediata respuesta: «sí; más no debéis preocuparos de él: velamos por vos». Luego, no en el silencioso y penetrante lenguaje mental, sino en el que conmueve el espacio, el eter, y lo revoluciona como un mar tempestuoso, ó bien lo apacigua y adormece; en el lenguaje de sonidos articulados, volví á escuchar una orden: la de averiguar y retener en la memoria los detalles de un pantaclo que entre cierto legajo le habíais entregado á mi padre para su custodia.

—Un momento, dispensad, dijo en esto Ul-kemi; puso su índice sobre un punto determinado del elefante blanco, de que ya hice referencia, y contestole inmediatamente Clarvid: «Voy señor, voy al momento»: Y, efectivamente, apareció con aspecto más despejado que de costumbre, diciendo: ¿Qué ordenáis señor?

—Ve al despacho de Mr. Heathfield, le entregas esta tarjeta, y esperas. Te dará un paquetito que conducirás aquí con cuidado.

El joven hizo una reverencia, y salió, volviendo á los diez minutos con un legajo enrollado que puso en manos del Indo. Entonces, éste, dirigiéndose á Ethel, la invitó á que se sirviera describir los pormenores del pantaclo.

—Representaba, dijo ésta, un hombre vestido con blanca túnica, cubierto por pequeño turbante, las piernas cruzadas á modo de un Bhudda. Se hallaba esta figura suspendida sobre la playa de un mar en calma. La mano derecha levantada en actitud de bendecir, y en la izquierda una serpiente enroscada y una regla de oro graduada. Sobre la cabeza un doble triángulo, y en el centro del mismo una chispa brillante: A cada lado de la figura, una columna, y al rededor del doble triángulo los nombres de Indra, Yama, Varuna, Cubera. La impresión que me produjo la vista de esa pintura pertenece á lo inexplicable. Percibí nítidamente su significación oculta, de la cual solamente conservo un vago recuerdo.

—Volviendo á encontraros en el mismo estado (lo cual sabéis bien que no puede efectuarse sin mi consentimiento) recordaréis esa y otras lecciones por el estilo, replicó Ul-kemi, en tanto que desenvolvía de su legajo y sacaba del mismo la interesante miniatura simbólica, descrita por Ethel, para mostrársela á sus admirados discípulos. Ella la contemplaba extasiada, en tanto que Mr. Eyrecourt decía:

—Es muy particular, no le falta un detalle. ¿Me será permitido conocer su significación?

—Cierto que sí: estudiad, persistid, mereced, en la confianza de

que cada paso hacia los Elevados Seres que nos guían, será correspondido doblemente por Ellos.

—¿Estáis convencido de que es un hecho real el fenómeno del desdoble?

—Señor, si he de hablaros con la sinceridad á que tenéis derecho, he de confesar que todavía me resisto á la evidencia.



Pocos días después se repitió el experimento ante algunos discípulos escogidos, en los cuales se habían despertado los poderes de la visión y la audición astrales. Ul-kemi le ordenó á Ethel que fuese á la habitación de Mr. Eyrecourt y viese qué causa le impedía asistir á la sesión, leyendo si podía en su pensamiento, lo que ella efectuó con vivo interés.

Su hermano adoptivo se encontraba en su cuarto de hombre célibe, en cuyas paredes lucían algunos cuadritos de firmas celebradas, armas y pipas caprichosas, y algunos raros objetos recogidos en sus viajes; estantes de libros, un violín empolvado, y sobre la mesa, cartas recién escritas, legajos, y una preciosa cajita abierta, en la que, sobre un pañuelo de ricos encajes, algunas joyas, y un guante blanco de seda, se hallaba rodeada de flores marchitas una expléndida miniatura [de Ethel, en la que clavaba sus ojos llenos de pasión, calenturientos, Mr. Eyrecourt. La invisible espectadora se encontró turbada ante aquel espectáculo. Creyó cometer una verdadera profanación sorprendiendo el secreto de un alma tan querida, secreto que ella trató de descubrir irreflexivamente, durante su anterior desdoble, hasta que comprendió que su hermano adoptivo se prevenía cautelosamente para no dejar penetrar su pensamiento. Iba ya á retroceder no queriendo dar crédito á la realidad presentida por su fina intuición, cuando la detuvo, dejándola temerosa y aturdida, una mirada del protagonista de la escena que deslizó sañuda sobre un revólver que á su izquierda lucía su brillante culata de acero.

Ethel sufrió una indecible angustia. Nunca hubiese sospechado que pasión tan indomable pudiera ocultarse bajo la serenidad apacible que afectaba Henry en su trato social, en la intimidad de sus relaciones familiares. ¡Y ella, ella era la causa inconsciente de tantos sufrimientos y de la desgracia que estaba para suceder! ¿Cómo evitarla? ¿Retrocediendo y dando aviso á Ul-kemi? Se perdía un tiempo precioso. ¿Le llamaba mentalmente en su auxilio? Hizo para ello un esfuerzo inmenso de voluntad, y creyó que podía haber sido escuchada. ¡Que fatalidad, que dura y terrible prueba la de disponer tan sólo de un cuerpo fluídico, intangible ahora! Si pudiera hacerme visible á él, se dijo:

—¿Qué murmura Eyrecourt? Ella se le acerca suplicante, horrorizada, quiere abrazarle, desviarle de aquella arma tentadora; procura en vano interponer sus manos temblorosas entre ella y su pobre Henry,

el cual se dice á sí mismo, sin que Ethel pierda ni la menor inflexión de su pensamiento:

—¡No más comedia ya! Todo tiene su término, y las fuerzas del ánimo también. Yo no puedo faltar á mis juramentos, tan ligeramente formulados! Cuan niños somos al imaginarnos antes de tiempo dueños del porvenir. Sé que voy á cometer un acto de consecuencias funestísimas para mi adelanto, ahora que empiezo á vislumbrar la realidad de la existencia y el propósito admirable que en ella palpita: ¡Lo sé muy bien Ethel, adorada criatura!... Pero créeme: prefiero arrostrar todos los riesgos á que me conduzca mi loca determinación, á soportar por más tiempo el desprecio que á mí mismo me inspira mi hipócrita y obligada actitud, ante tí y ante el mundo, en que ya no quepo. Mi materialidad y tu pureza no pueden conciliarse. Puse mis ojos y mi corazón profanos, en un ángel, y recibo el castigo de mi temeraria osadía... ¿Me reprocharás, me llamarás cobarde?... No: estoy seguro de que rogará tu alma de rodillas por mí, hasta el día en que yo vuelva á merecer encontrarme á tu lado en busca de la luz ahora perdida.

—¡Pero qué! ¿me falta el valor en la hora suprema?...

Se inclina Eyrecourt para imprimir un beso en la imagen de Ethel, en tanto que oprime nerviosamente el arma homicida, cuando retrocede soltándola, presa del mayor asombro. Ha oido un grito penetrante de angustia suprema, y Ethel, Ethel misma se encontraba allí, ante él, transfigurada, como un vivo y luminoso espectro alabastrino, dilatados los ojos, trastornada por el dolor; le oprime la mano que estaba dispuesta para el crimen, y su súplica muda penetra hasta el fondo del alma..; y luego, la inesperada aparición fluctua y se desvanece como un celaje.

Mr. Eyrecourt, enloquecido, perdido el dominio de sus facultades, abandona la estancia y corre hacia la casa de Ul-kemi. Cuando llega á ella lo encuentra rodeado de sus discípulos, y á Ethel medio aturdida aún y llorosa, reclinada en una poltrona, concluyendo de referir ante sus asombrados oyentes la terrible experiencia que acaba de soportar. Uno de los discípulos ha tomado nota del relato, por escrito, según lo dispusiera el maestro, el cual se adelanta á Henry, y en tanto que le sostiene entre sus brazos, le invita á leer diciéndole:

—Calma, tranquilidad, amigo mío. Y ahora, dudaréis de la realidad del fenómeno?

Henry, por toda respuesta, llenos los ojos de lágrimas que no procura ocultar, avanza, y aproximándose á Ethel, le dice:

—¡Perdonadme, oh hermana querida! Ahora sí creo, y me considero dueño de mí mismo.

Ethel, muda, ocultó su hermoso y pálido rostro en su pañuelo y abandonó su mano derecha entre las de Henry.

(*Continuará*)